

[Chiesa/Omelie1/Eucaristía/20B09ComuniónPanCarneCristoDomingo]

➤ *El pan de la Eucaristía. Domingo 20 del Tiempo Ordinario, Ciclo B (2012). San Pablo nos invita a vivir el tiempo presente, nuestra vida, no como insensatos sino como quien comprende cuál es la voluntad del Señor. Para ello necesitamos el pan de la Eucaristía. El Señor Jesús nos invita a vivir en comunión con Él. “El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí y yo en él”. El redescubrimiento de la alegría del domingo cristiano.*

❖ Cfr. Dom. 20 del tiempo ordinario Año B - Proverbios 9, 1-6; Efesios 5, 15-20; Juan 6, 51-58 – 19 de agosto 2012

Juan 6: ⁵¹ Yo soy el pan vivo, bajado del cielo. Si uno come de este pan, vivirá para siempre; y el pan que yo le voy a dar, es mi carne por la vida del mundo. » ⁵² Discutían entre sí los judíos y decían: « ¿Cómo puede éste darnos a comer su carne? » ⁵³ Jesús les dijo: « En verdad, en verdad os digo: si no coméis la carne del Hijo del hombre, y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. ⁵⁴ El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré el último día. ⁵⁵ Porque mi carne es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida. ⁵⁶ El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí, y yo en él. ⁵⁷ Lo mismo que el Padre, que vive, me ha enviado y yo vivo por el Padre, también el que me coma vivirá por mí. ⁵⁸ Este es el pan bajado del cielo; no como el que comieron vuestros padres, y murieron; el que coma este pan vivirá para siempre».

Proverbios 9 ¹ La Sabiduría ha edificado su casa, asentó sus siete columnas, ² inmoló sus víctimas, ha mezclado su vino, preparó también su mesa. ³ Ha enviado a sus criadas y anuncia desde lo alto de las colinas de la ciudad: ⁴ « Si alguno es sencillo, véngase acá. » Y al falto de inteligencia le dice: ⁵ « Ven, come de mi pan, y bebe del vino que he mezclado; ⁶ Deja la simpleza y vivirás, avanza por los caminos del discernimiento.

Efesios 5 ¹⁵ Hermanos, mirad atentamente cómo vivís; que no sea como imprudentes, sino como prudentes; ¹⁶ aprovechando [redimiendo] bien el tiempo presente, porque los días son malos. ¹⁷ Por tanto, no seáis insensatos, sino entendidos cuál es la voluntad de Señor. ¹⁸ No os embriaguéis con vino, que es causa de libertinaje; llenaos más bien del Espíritu. ¹⁹ Recitad entre vosotros salmos, himnos y cánticos inspirados; cantad y salmodiad en vuestro corazón al Señor, ²⁰ dando gracias continuamente y por todo a Dios Padre, en nombre de nuestro Señor Jesucristo.

1. Primera lectura: una invitación de la Sabiduría a participar en el banquete que ha preparado en su casa. Para vivir avanzando por los caminos del discernimiento.

❖ El banquete es símbolo de comunión y de intimidad

- El banquete en todas las culturas es símbolo de comunión y de intimidad, de participación recíproca en la vida e intimidad de los demás.
- Este párrafo forma parte de las tres secciones del capítulo nueve de los Proverbios. La primera sección (vv. 1-6) que trata de la Sabiduría es contrapuesta a la tercera sección (vv. 13-18) en la que se presenta la necedad.
- La sabiduría es presentada como una rica señora o reina, que construye una buena casa, como un palacio (cf 1 Reyes 7, 1-8: el palacio real de Salomón); con siete columnas en un patio interno, que era una característica de una casa rica; el número siete es, además, símbolo de perfección.
- Esta grande señora abre su casa a los invitados, a los que trata muy bien: mata animales para la comida, ofrece un buen vino, etc. Y como se nos dice también en la parábola evangélica (Mateo 22,4), envía recaderos para invitar a las personas a comer de su pan y beber de su vino. El texto dice expresamente que la invitación se dirige a los sencillos (v. 4).

❖ En la celebración eucarística, banquete preparado por Cristo, se realiza plenamente lo que se prefiguraba en el banquete al que se refiere la primera Lectura, del libro de los Proverbios.

- Juan Pablo II, *Ecclesia de Eucharistia*, n. 16: “De por sí, el sacrificio eucarístico se orienta a la íntima unión de nosotros, los fieles, con Cristo mediante la comunión: le recibimos a Él mismo, que se ha ofrecido por nosotros; su cuerpo, que Él ha entregado por nosotros en la Cruz; su sangre, « derramada por muchos para perdón de los pecados » (Mateo 26,28). Recordemos sus palabras: « Lo mismo que el Padre, que

vive, me ha enviado y yo vivo por el Padre, también el que me coma vivirá por mí » (*Juan 6,57*). Jesús mismo nos asegura que esta unión, que Él pone en relación con la vida trinitaria, se realiza efectivamente. *La Eucaristía es verdadero banquete*, en el cual Cristo se ofrece como alimento. Cuando Jesús anuncia por primera vez esta comida, los oyentes se quedan asombrados y confusos, obligando al Maestro a recalcar la verdad objetiva de sus palabras: « En verdad, en verdad os digo: si no coméis la carne del Hijo del hombre, y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros » (*Juan 6,53*). No se trata de un alimento metafórico: « Mi carne es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida » (*Juan 6,55*)”.

n. 18: “Quien se alimenta de Cristo en la Eucaristía no tiene que esperar el más allá para recibir la vida eterna: *la posee ya en la tierra* como primicia de la plenitud futura, que abarcará al hombre en su totalidad”.

- cfr. **Libros proféticos y sapienciales, Eunsa 2001, nota a Proverbios 9, 1-6**. En la liturgia de hoy, si consideramos el evangelio de S. Juan que nos viene propuesto, la conclusión es fácil: este párrafo del Antiguo Testamento, del libro de los Proverbios, prefigura o se refiere al alimento que es “el verdadero Pan de Vida (cfr. Juan 4,14; 6, 35), que es el Cuerpo del Verbo Encarnado, de la Sabiduría hecha hombre”
- Se trata del banquete al que somos invitados en el Nuevo Testamento por Jesús: el banquete eucarístico, que, a su vez, es anticipación del banquete en la vida eterna. La Eucaristía es prenda, garantía, anticipo, etc. de la vida eterna, de la inmortalidad: v. 54
- De esto trata el evangelio que hemos leído hoy.
CCE 1402: En una antigua oración, la Iglesia aclama el misterio de la Eucaristía: «¡Oh sagrado banquete, en que Cristo es nuestra comida; se celebra el memorial de su pasión; el alma se llena de gracia, y se nos da la prenda de la gloria futura!». Si la Eucaristía es el memorial de la Pascua del Señor y si por nuestra comunión en el altar somos colmados «de gracia y bendición» (MR, Canon romano, 96: «Supplices te rogamus»), la Eucaristía es también la anticipación de la gloria celestial.

2. Evangelio. El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí y yo en él (Juan 6,56).

- ❖ Se trata de una invitación a vivir en comunión con Cristo.
 - **Catecismo de la Iglesia Católica**
 - **Cristo nos invita a recibirle en la Eucaristía para tener vida en nosotros.**
 - n. 1384: El Señor nos dirige una invitación urgente a recibirle en el sacramento de la Eucaristía: "En verdad en verdad os digo: si no coméis la carne del Hijo del hombre, y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros" (*Juan 6,53*).
 - **Desde el comienzo, Jesús asoció a sus discípulos a su vida**
 - **n. 787:** La Iglesia es comunión con Jesús - Desde el comienzo, Jesús asoció a sus discípulos a su vida (cf. Mc 1, 16 - 20; Mc 3, 13 - 19); les reveló el Misterio del Reino (cf. Mt 13, 10 - 17); les dio parte en su misión, en su alegría (cf. Lc 10, 17 - 20) y en sus sufrimientos (cf. Lc 22, 28 - 30). Jesús habla de una comunión todavía más íntima entre él y los que le sigan: "Permaneced en Mí, como yo en vosotros ... Yo soy la vid y vosotros los sarmientos" (Jn 15, 4 - 5). Anuncia una comunión misteriosa y real entre su propio cuerpo y el nuestro: "Quien come mi carne y bebe mi sangre permanece en Mí y Yo en él" (Jn 6, 56).
 - **Recibir la Eucaristía en la comunión da como fruto principal la unión íntima con Cristo Jesús.**
 - **n. 1391:** La comunión acrecienta nuestra unión con Cristo. Recibir la Eucaristía en la comunión da como fruto principal la unión íntima con Cristo Jesús. En efecto, el Señor dice: «Quien come mi Carne y bebe mi Sangre habita en mí y yo en él» (Jn 6, 56). La vida en Cristo encuentra su fundamento en el banquete eucarístico: «Lo mismo que me ha enviado el Padre, que vive, y yo vivo por el Padre, también el que me coma vivirá por mí» (Jn 6, 57):
Cuando en las fiestas del Señor los fieles reciben el Cuerpo del Hijo, proclaman unos a otros la Buena Nueva de que se dan las arras de la vida, como cuando el ángel dijo a María de Magdala: «¡Cristo ha resucitado!» He aquí que ahora también la vida y la resurrección son comunicadas a quien recibe a Cristo (Fanqîth, Oficio siríaco de Antioquía, vol. I, Commun, 237 a-b).
 - **Esta intimidad y comunión con el Señor es tan profunda que se vive por Cristo como Cristo vive por el Padre**
 - La eucaristía comunica a los fieles la vida que el Hijo tiene del Padre. v. 57 del Evangelio:

«Como me envió el Padre, principio de la vida, y yo vivo por el Padre, así aquél que me come vivirá por mí».

El cristiano no debe estar ante el Señor, sino *en él, en Cristo*.

- Romano Guardini, *El Señor*, p. 461: “La institución de la Eucaristía es, también, revelación. En ella se manifiesta cómo debe ser la relación entre el creyente y la persona de Cristo: una relación que no se agote en la mera presencia, sino que cree una verdadera inmanencia. El cristiano no debe estar ante el Señor, sino *en él, en Cristo*. Así lo dice el propio Jesús en el discurso de despedida que pone fin a la celebración litúrgica (cfr. Juan 15, 1-10, parábola de la vid y de los sarmientos)”.

- **«El pan es mi carne» (Juan 6, 51).**

- Romano Guardini, *El Señor*, pp. 257-259: “Jesús ya ha anunciado que él mismo es el «pan» y que comer ese pan equivale a la fe. Pero ahora el discurso adquiere una literalidad inquietante. En lugar de «yo soy el pan» se dice: «El pan es mi carne». Jesús tiene ante sí a judíos para los que el sacrificio y la comida sacrificial forman parte de su vida cotidiana. No pueden pensar en eso; y entendemos su repugnancia. Pero Jesús no edulcora nada. No diluye lo dicho en una metáfora, sino que lo recrucece:

Juan 6, 53-56: 53 Jesús les dijo: «En verdad, en verdad os digo que si no coméis la carne del Hijo del Hombre y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros. 54 El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna y yo lo resucitaré en el último día. 55 Porque mi carne es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida. 56 El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él.»

El pan es la carne del Hijo del hombre; la bebida es su sangre. Se repite una y otra vez: «verdadera comida, verdadera bebida». Quien come esa comida y bebe esa bebida, tiene vida eterna ahora, en el tiempo, una vida interior que ningún poder del mundo puede destruir. Y en su día, resucitará a la inmortalidad bienaventurada. Pero quien rechaza esa comida y renuncia a esa bebida, no tendrá vida en sí”. (...)

Probablemente, los fariseos tienen la sensación de estar ante un exaltado que no tiene remedio. Pero también entre sus amigos se produce la separación: «Muchos discípulos dijeron al oírlo: Ese modo de hablar es intolerable, ¿quién puede admitir eso?»

¿Qué podemos decir al respecto? Si alguien estuviera ante nosotros y dijera algo semejante, nos llenaríamos de espanto. Y no sabríamos qué pensar, por mucho que se nos hubiera preparado el camino con señales e instrucciones previas. Los fariseos ciertamente no sabían de dónde les venía aquello. No daban crédito a sus oídos. Se indignaron, se horrorizaron; y seguramente también se llenaron de perversa alegría al oír decir a su odiado adversario semejantes monstruosidades. ¡A uno que hablaba así lo tenían en su mano!

La multitud que había hablado al principio ha desaparecido. Probablemente, los fariseos tienen la sensación de estar ante un exaltado que no tiene remedio. Pero también entre sus amigos se produce la separación: «Muchos discípulos dijeron al oírlo: Ese modo de hablar es intolerable, ¿quién puede admitir eso?» (Jn 6,60). Quizá ya hace tiempo que no saben muy bien qué pensar de él, pero ahora lo tienen claro. ¡Semejantes discursos ya no hay quien los soporte!

El hecho de que las palabras de Jesús sean «espíritu y vida» no significa que haya que entenderlas metafóricamente. Hay que tomarlas a la letra, en concreto, pero «en el espíritu»; es decir, hay que trasladarlas desde la tosiedad de la vida ordinaria al ámbito del misterio, desde la realidad inmediata a la sacramental.

«Jesús, sabiendo que sus discípulos protestaban de aquello, les preguntó: ¿Eso os escandaliza?». Y eso quiere decir: ¿Sois discípulos, o no? ¿Estáis dispuestos a aprender, o queréis juzgar? ¿Estáis preparados para acoger lo que viene a vosotros, a aceptar el único principio desde el que se manifiesta lo que es posible y lo que no lo es, o queréis juzgarlo desde vuestros postulados? Entonces, ¿qué diréis «cuando veáis al Hijo del hombre subir adonde estaba antes?» (Jn 6,61-62). ¿Qué diréis cuando, por encima de todo lo terrenal, se revele el carácter inefable de lo que vosotros pretendéis poner en tela de juicio? Los que han hablado antes se indignaron porque interpretaron esas palabras «carnalmente». Estaban pensando en lo que han visto siempre en los sacrificios; y ni siquiera han intentado llegar al punto desde el que es posible comprenderlas. Vosotros hacéis exactamente lo mismo. Juzgáis

sin estar en la única perspectiva desde la que se puede juzgar: «Sólo el espíritu da vida, la carne no sirve para nada. Las palabras que yo os he dicho son espíritu y vida» (Jn 6,63). La frase no atenúa el sentido. El hecho de que las palabras de Jesús sean «espíritu y vida» no significa que haya que entenderlas metafóricamente. Hay que tomarlas a la letra, en concreto, pero «en el espíritu»; es decir, hay que trasladarlas desde la tosquedad de la vida ordinaria al ámbito del misterio, desde la realidad inmediata a la sacramental. Aquélla tenía que provocar indignación; ésta, en cambio, es sacrosanta realidad divina y, cuando se comprende en clima de amor, se transforma en plenitud infinita.

❖ La Eucaristía nos hace poseer la vida eterna, ya ahora, en germen: vv. 53-54:

- V. 53: «En verdad, en verdad os digo, si no coméis la carne del Hijo del Hombre y si no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros. v. 54: El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna y yo le resucitaré en el último día».

3. Segunda Lectura: a) san Pablo nos invita a vivir el tiempo presente, nuestra vida, como sabios y no como necios; para ello necesitamos el pan de la Eucaristía. b) El redescubrimiento de la alegría del domingo cristiano.

❖ a) S. Pablo nos invita, en la Lectura de hoy, a que vivamos en esta vida no como necios sino atentos a la voluntad del Señor, a “aprovechar bien el tiempo presente” (v. 16).

○ **Vivir con plenitud el tiempo presente, o, lo que es lo mismo, santificando nuestra historia personal:**

- Juan Pablo II, Tertio millenio adveniente, n. 10.” *En el cristianismo el tiempo tiene una importancia fundamental.* Dentro de su dimensión se crea el mundo, en su interior se desarrolla la historia de la salvación, que tiene su culmen en la « plenitud de los tiempos » de la Encarnación y su término en el retorno glorioso del Hijo de Dios al final de los tiempos. *En Jesucristo, Verbo encarnado, el tiempo llega a ser una dimensión de Dios,* que en sí mismo es eterno. Con la venida de Cristo se inician los « últimos tiempos » (cf. *Hb* 1, 2), la « última hora » (cf. *1 Jn* 2, 18), se inicia el tiempo de la Iglesia que durará hasta la Parusía.

De esta relación de Dios con el tiempo nace *el deber de santificarlo.*”

- Para aprovechar bien el tiempo presente, necesitamos el Pan de vida, a Cristo. Recordemos que el mismo S. Pablo nos dice que Cristo (Pan de vida) fue constituido como sabiduría para nosotros (Cfr 1 Corintios 1,30) ¹.

❖ b) Los católicos celebramos el domingo como “Día del Señor”, día en que, con la eucaristía, podemos fortificarnos para caminar en esta vida - que es una peregrinación - con más garbo, con más fe.

○ **Debemos redescubrir la alegría del domingo cristiano: el precepto festivo no es un deber impuesto, es una necesidad.**

En la Eucaristía debe darse la alegría y la fiesta de un banquete. Pero para entender y saborear esta realidad tenemos necesidad del don de la Sabiduría, don de Dios.

○ **De la homilía de Benedicto XVI al clausurar el Congreso Eucarístico Nacional Italiano, domingo, 29 mayo 2005:**

▪ **Necesitamos este pan para afrontar la fatiga y el cansancio del viaje.**

El precepto de la participación en la Eucaristía los domingos y otros días festivos, no es un deber impuesto desde afuera, un

¹ 1 Corintios 1, 26-31: ²⁶ ¡Mirad, hermanos, quiénes habéis sido llamados! No hay muchos sabios según la carne ni muchos poderosos ni muchos de la nobleza. ²⁷ Ha escogido Dios más bien lo necio del mundo para confundir a los sabios. Y ha escogido Dios lo débil del mundo, para confundir lo fuerte. ²⁸ Lo plebeyo y despreciable del mundo ha escogido Dios; lo que no es, para reducir a la nada lo que es. ²⁹ Para que ningún mortal se gloríe en la presencia de Dios. 30. De él os viene que estéis en Cristo Jesús, al cual hizo Dios para nosotros sabiduría de origen divino, justicia, santificación y redención, ³¹ a fin de que, como dice la Escritura: El que se gloríe, gloríese en el Señor.

peso sobre nuestros hombros. Al contrario, es una necesidad para el cristiano; es una alegría

- "Este es el pan que ha bajado del cielo; no como el de vuestros padres, que lo comieron y murieron: el que come este pan vivirá para siempre" (*Juan 6, 58*). El Hijo de Dios, habiéndose hecho carne, podía convertirse en pan, y así ser alimento para su pueblo, para nosotros, que estamos en camino en este mundo hacia la tierra prometida del cielo.

Necesitamos este pan para afrontar la fatiga y el cansancio del viaje. El domingo, día del Señor, es la ocasión propicia para sacar fuerzas de él, que es el Señor de la vida. Por tanto, **el precepto festivo no es un deber impuesto desde afuera**, un peso sobre nuestros hombros. Al contrario, participar en la celebración dominical, alimentarse del Pan eucarístico y experimentar la comunión de los hermanos y las hermanas en Cristo, es una necesidad para el cristiano; es una alegría; así el cristiano puede encontrar la energía necesaria para el camino que debemos recorrer cada semana. Por lo demás, no es un camino arbitrario: el camino que Dios nos indica con su palabra va en la dirección inscrita en la esencia misma del hombre. La palabra de Dios y la razón van juntas. Seguir la palabra de Dios, estar con Cristo, significa para el hombre realizarse a sí mismo; perderlo equivale a perderse a sí mismo.

La gente que escuchó a Jesús, en vez de alegrarse, comenzó a discutir y a protestar: "¿Cómo puede este darnos a comer su carne?". Esta actitud se ha repetido a lo largo de la historia.

El Señor no nos deja solos en este camino. Está con nosotros; más aún, desea compartir nuestra suerte hasta identificarse con nosotros. En el coloquio que acaba de referirnos el evangelio, dice: "El que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él" (*Juan 6, 56*). ¿Cómo no alegrarse por esa promesa? Pero hemos escuchado que, ante aquel primer anuncio, la gente, en vez de alegrarse, comenzó a discutir y a protestar: "¿Cómo puede este darnos a comer su carne?" (*Juan 6, 52*).

En realidad, esta actitud se ha repetido muchas veces a lo largo de la historia. Se podría decir que, en el fondo, la gente no quiere tener a Dios tan cerca, tan a la mano, tan participe en sus acontecimientos. La gente quiere que sea grande y, en definitiva, también nosotros queremos que esté más bien lejos de nosotros. Entonces, se plantean cuestiones que quieren demostrar, al final, que esa cercanía sería imposible. Pero son muy claras las palabras que Cristo pronunció en esa circunstancia: "Os aseguro que si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre no tenéis vida en vosotros" (*Juan 6, 53*). Realmente, tenemos necesidad de un Dios cercano.

Pero Jesús, ante el murmullo de protesta, mantuvo firme su afirmación.

Ante el murmullo de protesta, Jesús habría podido conformarse con palabras tranquilizadoras. Habría podido decir: "Amigos, no os preocupéis. He hablado de carne, pero sólo se trata de un símbolo. Lo que quiero decir es que se trata sólo de una profunda comunión de sentimientos". Pero no, Jesús no recurrió a esa dulcificación. Mantuvo firme su afirmación, todo su realismo, a pesar de la defección de muchos de sus discípulos (cf. *Juan 6, 66*). Más aún, se mostró dispuesto a aceptar incluso la defección de sus mismos Apóstoles, con tal de no cambiar para nada lo concreto de su discurso: "¿También vosotros queréis marcharos?" (*Juan 6, 67*), preguntó. Gracias a Dios, Pedro dio una respuesta que también nosotros, hoy, con plena conciencia, hacemos nuestra: "Señor, ¿a quién vamos a ir? Tú tienes palabras de vida eterna" (*Juan 6, 68*). Tenemos necesidad de un Dios cercano, de un Dios que se pone en nuestras manos y que nos ama. (...)

- **Debemos redescubrir la alegría del domingo cristiano; redescubrir con orgullo el privilegio de participar en la Eucaristía, que es el sacramento del mundo renovado.**

Queridos amigos que habéis venido a Bari desde diversas partes de Italia para celebrar este Congreso eucarístico, **debemos redescubrir la alegría del domingo cristiano. Debemos redescubrir con orgullo el privilegio de participar en la Eucaristía, que es el sacramento del mundo renovado.** La resurrección de Cristo tuvo lugar el primer día de la semana, que en la Escritura es el día de la creación del mundo. Precisamente por eso, la primitiva comunidad cristiana consideraba el domingo como el día en que había iniciado el mundo nuevo, el día en que, con la victoria de Cristo sobre la muerte, había iniciado la nueva creación.

www.parroquiasantamonica.com

Vida Cristiana